

Las pistas que condujeron a Ortega Lara

Francisco Vázquez, uno de los mandos de la Guardia Civil que participó en la liberación del funcionario hace hoy 20 años, narra la tensión del secuestro

OSCAR B. DE OTÁLORA

BILBAO. «Trabajábamos con una presión tremenda porque sabíamos que cualquier error nuestro le podía costar la vida a Ortega Lara». Francisco Vázquez es uno de los oficiales de la Guardia Civil que dirigió las pesquisas que permitieron liberar a Ortega Lara el 1 de julio de 1997. Veinte años después de que sus investigaciones permitiesen localizar el zulo en el que un comando de ETA mantuvo retenido al funcionario de prisiones durante 532 días, describe el escenario angustioso en el que él y sus compañeros se movían. «Teníamos agentes encubiertos en Mondragón y Bergara, una zona en la que es muy difícil trabajar porque se trata de una comunidad cerrada en la que cualquier desconocido levanta sospechas. Si alguno de nosotros era detectado, el comando huiría sin revelar el paradero de su rehén y lo dejarían morir de hambre», confiesa.

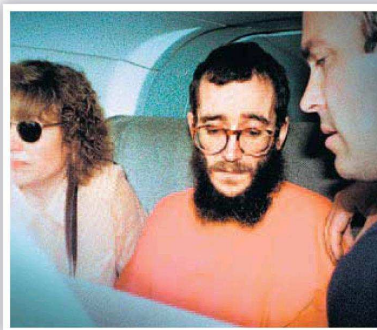
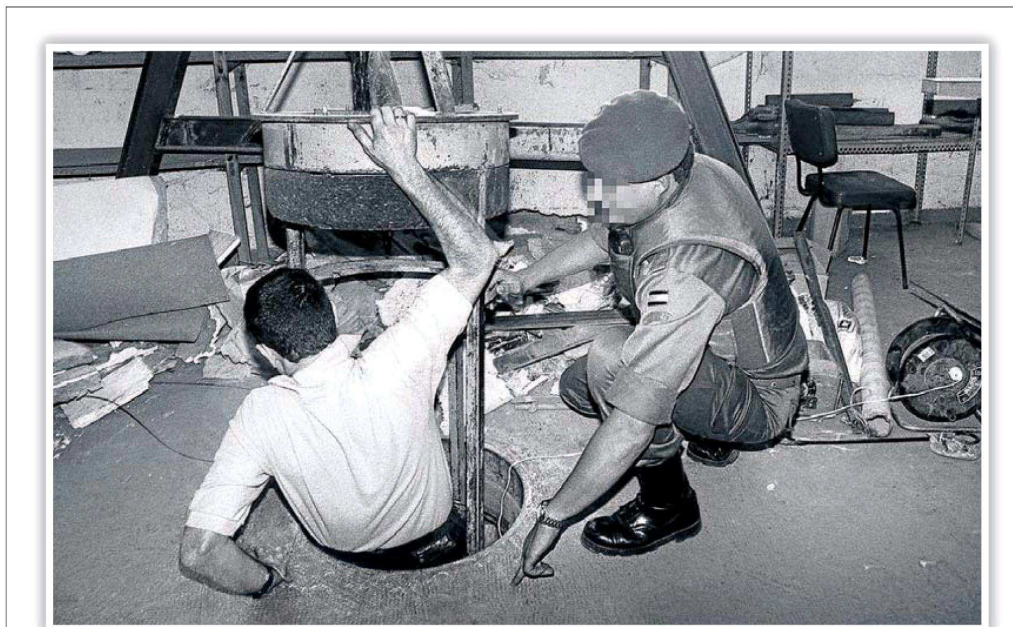
Sin hilos de los que tirar

«Era la ETA de papel y boli»

Hasta que Mondragón y Bergara se llenaron de agentes de paisano con todo tipo de disfraces habían pasado más de 500 días de pesquisas, seguimientos, vigilancia, análisis de documentos... todos ellos infructuosos y bajo presión. «Abrimos cientos de investigaciones que no llegaron a nada», relata el oficial. El mismo 17 de enero de 1996, día en el que Ortega Lara fue secuestrado en el garaje de su casa de Burgos, se inspeccionaron caseríos, se hicieron batidas por bosques perdidos del País Vasco, controlaron los consumos de agua y electricidad de edificios, vigilaron a sospechosos. «No teníamos muchos hilos de los que tirar. En el lugar de los hechos no había restos de ADN ni ninguna evidencia con la que trabajar». Una de las primeras misiones fue revisar la documentación más antigua de ETA para intentar buscar algún dato que se les hubiera pasado por alto y que pudiese conducir a un zulo. «Era la ETA de papel y boli, cuando no existían ordenadores ni ficheros encriptados».

**Cientos de cajas con documentos
Cadena de montaje
en Intxaurreondo**

En la sala de juntas del cuartel de la Guardia Civil de Intxaurreondo se apilaron cientos de cajas con documentos incautados a la cúpula de ETA en Bidart, una operación llevada a cabo cuatro años antes. «Tuvimos que comprar caballetes y paneles de madera porque no ha-



▲ **Agujero.** La entrada al zulo de Ortega Lara estaba en un estrecho conducto bajo una máquina de un taller en Mondragón. :: E. c.

◀ **Demacrado.** La imagen de un esquelético José Antonio Ortega Lara impacto a la sociedad tras un secuestro de más de año y medio. :: E. c.

LA CLAVE

532

días permaneció el funcionario de prisiones encerrado en un pequeño agujero dentro de un taller industrial de Mondragón. Ortega Lara fue interceptado a la puerta de su domicilio en Burgos y trasladado en un camión de transportes dentro de una caja para maquinaria. El suyo ha sido el secuestro más largo en la historia de ETA.

bía mesas suficientes para desplegar toda la información. En muchas ocasiones, se trataba de papeles que a los jefes de los terroristas les había dado tiempo a romper y se habían recompuesto como un puzzle». Vázquez recuerda aquella sala llena de analistas como una gran cadena de montaje. «Los papeles pasaban de una persona a otra y se iban cotejando informaciones. Se abrían líneas de investigación que se cerraban en cuestión de días y otras que se trabajaban durante meses y al final no conducían a nada. Algunos días la frustración era absoluta». «Nos atormentaba que el secuestro era una pena de muerte diferida. ETA había pedido algo que el Gobierno no iba a concederle —el acercamiento de los presos a Euskadi— por lo que en cualquier momento podían decidir matar a Ortega Lara».

Ettarras «anodinos y anónimos»

**Retrato robot
de un fantasma**

Para entonces, los agentes del servicio de información de Intxaurreondo habían elaborado un símil de retrato robot de los ettarras que podían mantener retenido a Ortega Lara. «Dado que se trataba de una estructura asentada de ETA que podría haber participado en más secuestros en el pasado, estábamos convencidos de que eran activistas veteranos. Además, valoramos que estábamos ante un secuestro de larga duración, por lo que los autores debían ser personas con una cobertura totalmente legal para pasar desapercibidos. Estábamos seguros de que se trataba de gente anodina, anónima, muy poco visible», recuerda el oficial. En la reconstrucción imaginaria que los agentes realizaron llegaron a eva-

luar más rasgos de los secuestradores. «Durante un tiempo incluso nos imaginamos que podríamos estar buscando a una familia que vivía en un caserío y hacía vida normal», rememora Vázquez. «Esa era una tapadera que habitualmente había utilizado la banda en sus zulos de armamento de Francia. Pero en Euskadi había cientos de viviendas con esas características».

Tres letras como pista

**La playa de Tarnos
en la que estuvo 'BOL'**

En 1996, una operación policial en Francia permitió detener a Juan Luis Aguirre Lete, 'Inzuntza', el jefe del aparato logístico de ETA. En su poder se encontró una libreta en la que había escrito «5k BOL Ortega». En julio de ese mismo año, tras la detención del ettarra Daniel Derguy, se localiza otro documento en el

que se habla de una cita con BOL. «Sabíamos que se trataba de una reunión que habían mantenido en una playa de Tarnos, en Las Landas. Podía tener algo que ver con el secuestro, pero no teníamos muchos más datos», explica el guardia civil. Durante semanas, elucubraron hasta la extenuación qué podría ser 'BOL'. «No sabíamos si era una referencia a una persona, a un lugar o a una cosa. Estas tres letras podían ser el nombre de un comando. Por ejemplo, al 'comando Argala' había ettarras que le llamaban 'Arg'. Pero también podría tratarse de una localización, de la clave de algún lugar. O unas iniciales del nombre y dos apellidos de alguien». Los investigadores de Intxaurreondo comenzaron a buscar pueblos en los que se utilizase ese apodo, apellidos que contuvieran esas tres letras o lugares que pudieran ajustarse a esa sílaba

extraña. Tras semanas de búsqueda apareció Josu Uribetxeberria Bolinaga, un simpatizante de la izquierda abertzale de Mondragón. Era un veterano, un ciudadano anodino, anónimo, muy poco visible en su comunidad... y que visitaba a menudo un taller industrial.

La lista de la compra

Pan y leche de más

«Investigar a Bolinaga nos volvió paranoicos. Le vigilábamos día y noche y no hacía ningún movimiento extraño». «No era como seguir a los sospechosos de un comando. Cuando ves que entran en una ferretería y que se llevan tres kilos de tornillos y compran unos tupper ya sabes que están adquiriendo componentes para una bomba. Pero Bolinaga no realizaba ninguna compra rara». En esos días, los agentes camuflados en Mondragón observaban cada paso de su sospechoso, sin saber si se encontraban ante una pista que de nuevo sería un fracaso o quizá encontrarían el hilo que les llevaría hasta Ortega Lara. Y entonces un día sucedió algo. «Le vimos comprar unas cantidades anormales de pan y leche. Era algo fuera de lo común, más de lo que podía consumir una familia. Entonces supimos que tal vez sí estábamos ante una persona que retenía a un secuestrado». Así que desde ese momento los seguimientos al sospechoso se volvieron obsesivos. «Si veíamos que daba dos vueltas en una rotonda pensábamos que igual nos había descubierto y entrábamos en paranoia. Entonces nos dábamos cuenta de que simplemente se había perdido y de que no pasaba nada». Pero los pequeños gestos se fueron acumulando y 'delatándole'. Los investigadores observaron que muchas noches pernoctaba en el taller industrial—luego comprobarían que Ortega Lara estuvo enfermo—. Todo apuntaba a que él era el jefe del equipo de secuestradores.

Operación de rescate

200 agentes en un bosque

El 1 de julio de 1997, doscientos agentes de la Guardia Civil permanecían ocultos en una zona boscosa en las inmediaciones de Mondragón a la espera de entrar en el pabellón industrial en el que las distintas investigaciones situaban a Ortega Lara. «La tensión era tremenda. Muchos de los agentes que estaban allí se encontraban al borde del agotamiento, tras semanas y semanas de trabajo, sin vacaciones ni descanso. Entonces nos llegó la noticia de que un secuestrado por ETA acababa de ser liberado. Creímos que se trataba de Ortega Lara hasta que nos dijeron que era Cosme Delclaux—el industrial que también estuvo retenido en las mismas fechas que el funcionario de prisiones, concretamente 232 días—. «Por unos momentos creímos que nos habíamos equivocado y que todo nuestro trabajo había sido en vano». A las cuatro de la mañana, los agentes, en una comitiva formada por vehículos blindados y coches camuflados,

LAS CLAVES

1 de julio de 1997

El mismo día del rescate de Ortega Lara, ETA liberó a Cosme Delclaux, hijo de un empresario vizcaíno

Los investigadores

Temían que el comando matara de hambre al funcionario si sospechaban que creían que les seguían

procedieron a detener a los sospechosos y trasladar a Bolinaga al pabellón en el que creían que estaba Ortega Lara. El arrestado se negó a colaborar pero los agentes comenzaron a empujar la maquinaria almacenada en el taller en busca de dobles fondos o compartimentos ocultos. Fue cuando desplazaron una de ellas y descubrieron un agujero en el suelo, cuando Bolinaga se vino abajo. Unos minutos después, Ortega Lara recuperaba la libertad. «El alivio fue inmenso. No se puede describir. Estábamos extenuados físicamente y veíamos que el trabajo había dado sus frutos».

Gesto inédito

Aplausos en los peajes a los coches de la Guardia Civil

Uno de los recuerdos que no se le borran a Francisco Vázquez es su salida de Mondragón esa misma mañana, cuando la noticia de la liberación de Ortega Lara ya estaba en todos los medios de comunicación. «En los peajes aplaudían al paso de la caravana de la Guardia Civil, algo que no había sucedido jamás en el País Vasco». El oficial sabe que se produjo una euforia en la sociedad vasca a raíz del rescate, pero él no la vivió. «Me tuve que encerrar en un sótano durante cinco días para redactar las diligencias judiciales de la operación y poder entregárselas al juez. Y los datos que encontrábamos eran inmensos. Bolinaga y sus cómplices habían participado en el asesinato de cinco guardias en los 80, habían secuestrado al empresario Julio Iglesias Zamora en 1993 y habían utilizado el taller de Mondragón para perfeccionar las granadas caseras de ETA». «Era un comando con más implicaciones de las que habíamos imaginado».

«Vivencias muy intensas»

Recordar batallitas

Veinte años después, Francisco Vázquez se dedica a la persecución del terrorismo yihadista. Muchos de los compañeros que participaron en la liberación de Ortega Lara se han jubilado, otros continúan en el cuartel de Intxaurrondo, mientras que algunos se han reconvertido a la persecución del crimen organizado. «A veces nos reunimos y recordamos viejas batallitas. Fueron unas vivencias muy intensas». «No tengo duda de que si algún día los etarras valoran cómo fueron derrotados se darán cuenta de que la liberación de Ortega Lara y el asesinato de Miguel Angel Blanco que cometieron unos días después fueron claves en su final», sentencia.